

## PIO X

La Providencia divina preparó al que había de llamarse Pío X, de un modo sapientísimo.

Nació JOSÉ SARTO en la bella Italia, madre de las artes, cuna de la civilización, maestra de toda ciencia, y vio la luz primero en las riberas del Adriático, cerca de la encantada Venecia. En el medio ambiente de aquella clásica tierra de la erudición y la estética, en la patria de Aldo Manucio el Joven y de Ticiano, bebió el amor á las ciencias, el gusto por las artes bellas, la intuición de la música y la poesía; y en su hogar escondido y cristiano aprendió el temor de Dios, principio de la sabiduría; la austera pobreza, tan amada por Jesucristo; la humildad, fundamento de toda grandeza.

Nació de familia oscura á los ojos del mundo, preclara á los ojos de Dios, y arrullaron su sueño de recién nacido las olas azules del *Superum Mare*, al romperse blandamente en las arenas de la playa. También la cuna de Simón, hijo de Jonás, el primero de los pontífices romanos, se meció en pobre cabaña de pescadores, á orillas del mar de Tiberíades.

En el siglo de la democracia, cuando las clases trabajadoras pretenden desalojar á los burgueses, como el estado llano había destronado la nobleza; cuando el naturalismo racionalista persuade á los ricos egoísmo y avaricia, y á los pobres envidia y desesperación, la Iglesia católica romana, como siempre, viene en auxilio de los que padecen y gimen. Por boca de León XIII reclama los derechos de los obreros oprimidos, y glorifica la pobreza y el trabajo; y después predica con ejemplo lo que había enseñado de palabra, eligiendo á JOSÉ SARTO para el Pontificado supremo.

Llamado por Dios á la cruz y á la gloria del sacerdocio, recorrió el futuro Pío X uno á uno todos los grados

de la jerarquía eclesiástica, desempeñó todos los oficios que puede tener un sacerdote: vicedecano, cura en las aldeas y en las ciudades, confesor de religiosas, capellán de hospitales y asilos, superior, director espiritual y catedrático de seminario, vicario general, obispo y patriarca, y por fin cardenal de la santa Iglesia romana. No hay ministerio que no conozca, dificultad por que no haya pasado, dolor que no haya sufrido, sacrificio que no haya hecho. De él se puede decir lo que del llamado por Dios afirma el apóstol: "El Pontífice sabrá sobrellevar y condolerse de todos los que ignoran y yerran, como quien ha estado igualmente rodeado de enfermedades y miserias."

Desempeñó aquella inmensa variedad de cargos, siempre olvidado de sí mismo, abrasado en celo por el prójimo, dirigido por la prudencia y coronado por el éxito.

Antes de ser Papa era reconocido en su patria como teólogo profundo, orador disertísimo, catequista perfecto, director incomparable; como artista exquisito, y aun como delicado poeta religioso. El fue quien estimuló al insigne Perosi, lo hizo conocer en Roma, mientras llegaba el momento de confiarle la Capilla pontificia, y asociarlo á la resurrección de la música sagrada, obra que ha puesto el nombre de Pío X después de los de San Ambrosio y San Gregorio Magno.

Mas siempre gozó de una fama mayor que las arriba mencionadas: la de una caridad sin límites para con los pobres, que se tradujo en rasgos dignos de San Juan de Dios ó de Santo Tomás de Villanueva; caridad heroica que vivió siempre en compañía de su hermana menor, la pobreza voluntaria.

Cuéntase que al partir el Cardenal SARTO de Venecia á Roma, para concurrir al Conclave, tomó billete de ferrocarril para ida y vuelta, con el fin de obtener rebaja de unas pocas liras. Tan escaso así andaba de bienes de fortuna; tan desapercibido de que pudiese ser sucesor de León XIII.

No sólo nada quiso tener para sí, sino que no hizo por mejorar nunca la posición social y pecuniaria de sus hermanos. Verdad es que ellos tampoco lo hubieran permitido. A uno le insinuaron que se valiese de ser hermano del Cardenal patriarca para granjear dineros. —"Nunca lo haré, respondió; mis padres me enseñaron á no comer sino de mi trabajo, y las rentas del patriarcado no son del Cardenal sino de los pobres."

Para completar este imperfecto perfil de JOSÉ SARTO, falta recordar que fue en la juventud, y en la edad madura, y en los primeros años de la vejez, uno de los hombres más hermosos de aquella Italia, tierra de bellezas sin rival. Hoy su rostro lleva, más que la huella de los años, la de los cuidados y los pesares anexos al cargo de Vicario de Jesucristo, acusado por los fariseos, vendido por Judas, pospuesto á Barrabás. El cuerpo de Pío X ha empezado á encorvarse bajo la pesadumbre del universo católico que gravita bajo sus hombros; la mirada se ha hecho triste y pensativa; dos hondas arrugas en el entrecejo revelan las preocupaciones del Pastor supremo; pero la boca es más dulce, más cariñosa que antes; la belleza plástica se ha desvanecido, pero ha crecido el resplandor de la hermosura del alma, transparentado al través de las marchitas facciones.

"El Papa ha envejecido diez años en un mes," decían en Septiembre de 1903 los insoportables reporters de los diarios. "El Papa se ha remozado," habría dicho quien no hubiera vivido sólo en el mundo de los cuerpos, sino se hubiera habituado á la sociedad de las almas.

El día en que un hombre es elevado al Pontificado supremo, deja el nombre que recibió en el bautismo y el apellido de sus mayores, y se llama como alguno de sus predecesores ilustres. Esta no es práctica baladí, tradición sin alma: el recién electo ya no es Simón, hijo de Juan, ni Hildebrando, ni Juan de Médicis, ni Joaquín Pecci: es Pe-

dro, Kephás, la piedra angular de la Iglesia de Jesucristo, Señor nuestro. "La piedra era Cristo," dice San Pablo; "Tú eres la piedra," dice Jesús. La Piedra es Cristo, Pedro es la piedra, Pedro es Cristo, no en la persona sino en la autoridad, sino en la infalibilidad, sino en el poder, sino en la doctrina.

Los primeros sucesores del Príncipe de los apóstoles conservaron su nombre propio, para distinguirse unos de otros; por trescientos años todos fueron santos y casi todos mártires; sacrificados en Roma, mezclaron su sangre con la del primer Pontífice; sepultados en la ciudad eterna, casi siempre en el Vaticano, confundieron sus reliquias con las de Simón Pedro.

Después los Papas dejaron su nombre original y tomaron alguno de los que había usado Pedro, que no muere jamás; y se apellidaron Clemente, como el discípulo predilecto del Pescador galileo; Sixto, como el Papa de San Lorenzo; Urbano, como el que figura en la idílica historia de Santa Cecilia; León, como el salvador de Roma; Gregorio, como el apóstol de Inglaterra. Ninguno se ha llamado Pedro porque Pedro son todos: ha habido más de trescientos papas, más un Papa, una piedra sola: *Petra erat Christus*, y Cristo hizo al Obispo de Roma piedra de su Iglesia, vicario suyo, inmutable, uno en esencia, al través de los cambios accidentales de personas.

Y parece como si el nombre del Pontífice fuera augurio de su carrera gloriosa; los Gregorios se han distinguido por la fortaleza, los Leones por la sabiduría, los Píos por los dolores compensados con las mayores victorias.

No había acabado de entronizarse Pío X, cuando principiaron sus amarguras por el rompimiento con la Sede apostólica del Gobierno ateo de una nación tradicionalmente católica.

León XIII había conservado la amistad y las relaciones con Francia, aun á costa de los más dolorosos sacrificios; fue el padre que agotó los esfuerzos para evitar la deshonra de su hija primogénita. A Pío X le tocó verla

marcharse del hogar paterno. Los sabios de la tierra que sólo saben mucho acerca de este grano de mostaza en que vivimos, hablaron de la política de SARTO, en contradicción con la de Pecci.

En ambos casos intervino la política —arte de gobernar las sociedades,— pero no política humana sino divina, la de Pedro, la del Evangelio, la de Cristo. No romper la caña cascada ni apagar la mecha que aún humea, fue la política de Pedro cuando se llamó León; obedecer á Dios antes que á los hombres es la política de Pedro, hoy que se apellida Pío.

Si el actual Papa hubiera encontrado de Presidente de Francia un Mac-Mahon, un Carnot, siquiera un Faure, habría procedido como León XIII; y si León XIII se hubiese hallado con un Loubet ó un Fallières, se habría anticipado á Pío X. San Silvestre, en el siglo II hubiera sido mártir; San Sixto en 325 habría invitado al César al Concilio de Nicea.

Si Pío X tiene quien le pretenda amañar, comparándole injuriosamente con su egregio predecesor, no falta en cambio quien se atreva á hacer cargos á León XIII por su política en relación con Francia. El Papa encalló, el Papa hizo *fiasco*! Como si se tratara de Bismarck ó Disraeli; de Metternich ó Cánovas.

No fue insignificante el bien que realizó León XIII deteniendo por veinticinco años la catástrofe; impidiendo por un cuarto de siglo la apostasía oficial de la tierra de Carlomagno y de San Luis, retardando el supremo escándalo de la separación de la Iglesia y el Estado. Y si todos los católicos franceses hubieran seguido los consejos del sabio Pontífice, no lloraríamos hoy las desgracias de aquella nación tan grande y tan amada. Quería León XIII que los fieles —dejando á un lado añejos resentimientos, estériles simpatías— apoyaran francamente la República. El grupo republicano moderado, acrecido con todos los antiguos monarquistas, habría formado una mayoría irresistible. Una parte de los católicos (gloria al ilustre conde

Alberto de Mun) secundó las altas miras del Papa; otros se abrazaron tercamente al cadáver de Henrique V, al recuerdo de Luis Felipe, á la sombra gloriosa de Bonaparte. La culpa del desastre no es del Papa que aconsejó, sino de los católicos que desoyeron el consejo.

Y este consejo no se fundaba en consideraciones de utilidad, sino que estaba cimentado en las divinas y evangélicas enseñanzas. Pasada la guerra con Alemania, vencida la *Commune* de París, caído el Imperio, la nación se congregó en legítimo parlamento para decidir de su suerte, y llamó al Conde de Chambord, al heredero de Henrique IV y Luis XIV; pero él rehusó la corona. Entonces la nación, en obediencia á la ley natural y divina que ordená á toda sociedad tener quien la rija, se constituyó en República. Y la iglesia, dice León XIII, en una de sus encíclicas, no está reñida con ninguna forma de gobierno.

Subió Pío X al trono, y sin que hubiera realizado la mínima innovación en las relaciones de la Santa Sede con Francia, cuando acababa de dar á esa nación pruebas de paternal cariño, el Gobierno francés recrudeció las medidas hostiles á la Iglesia, y el Presidente Loubet fue á visitar á Víctor Manuel III á la misma ciudad de Roma, sede y trono del Pontífice.

El Papa protestó con firmeza, pero con moderación suma; el Gobierno francés expulsó al Nuncio, violó el archivo de la Delegación y las Cámaras expidieron la ley que separaba el Estado de la Iglesia, con el obligado aditamento de incautar á favor del Erario público los bienes eclesiásticos.

San Pedro salió azotado de la presencia del Sanhedrín "lleno de gozo por haber merecido sufrir contumelia por el nombre de Jesús;" pero no fue al día siguiente á cortejar á Caifás.

La teoría de que del exceso del mal sale el bien es falsa en el terreno de los hechos humanos. Del mal no se deriva naturalmente sino mal.

Siempre el delito engendrará delito  
El crimen, crimen; la traición, traición

dijo un gran poeta colombiano. Y antes que él, é infinitamente mejor que él, había dicho el Maestro divino: "¿Acaso se cogen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas? Todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un malo darlos buenos."

El divorcio de las dos potestades es malo, es abominable y no puede engendrar naturalmente sino perversos frutos. Pero hay una acción de Dios que se llama milagro; acción que, sin destruir las leyes naturales, contrarresta sus efectos por la omnipotente intervención divina. Uno de los milagros, milagro del orden moral, milagro permanente en la Iglesia y prueba esplendorosa de su divinidad, es que Dios hace salir el bien del mal, la santidad de la perversión, el triunfo de la verdad de los errores contra la fe cristiana. Y ya se ve, y ya se palpa cómo de la separación del Estado y de la Iglesia va á nacer en Francia la victoria de la Santa Sede, es decir, la victoria de Cristo.

Aquella nación tan grande, tan pródiga para el bien, semillero de congregaciones religiosas que fecundan la Iglesia entera, estuvo manchada en parte, por largo tiempo, por doctrinas regalistas, por las maldecidas *libertades* —llamadas así por antífrasis— de la Iglesia galicana, con que el gran Bossuet empañó sus excelsos merecimientos. Muchos eclesiásticos, por otra parte sabios, irreprochables en costumbres, encendidos en celo, eran católicos franceses antes que católicos romanos. ¡Como si San Pedro hubiera sido Arzobispo de Lyon; como si á Clovis le hubiera dado Cristo las llaves del Reino de los cielos!

Aquellas tendencias se fueron desvaneciendo durante los dos primeros tercios del siglo XIX, y murieron con las enseñanzas dogmáticas del Concilio del Vaticano. Hoy en todos nuestros colegios, en todos nuestros seminarios, se enseñan por textos franceses modernos las más puras doctrinas de la ortodoxia romana.

Estas creencias, estos afectos del clero y de los fieles de Francia no pueden menos que crecer y fortificarse entre obispos que sólo deben su elección al querer del Papa, entre sacerdotes perseguidos desde París y defendidos desde Roma, entre católicos que sólo ven en el Gobierno civil tiránica opresión á sus conciencias.

Desde el día de la conversión del Rey Clodoveo hasta hoy, quizá no ha habido momento igual en la historia de la Iglesia de Francia, á aquel en que Pío X, en Roma, en la basílica de San Pedro, al pie del altar de la Cátedra del Príncipe de los apóstoles, consagró con sus propias manos catorce obispos franceses, elegidos por él mismo, sin insinuación, ni súplica, ni presentación de rey ni de presidente. Y como era la primera vez que Pío X, de Papa, realizaba semejante ministerio, ese día fue de nuevo Francia hija primogénita de la Iglesia católica, de la Iglesia romana.

Hoy sí podemos decir á boca llena, mejor que nunca: ¡Salve, iglesia de Francia, hija primogénita de la Iglesia de Roma, fundada por San Dionisio, fecundada con sangre de mártires, reconocida por Clodoveo, ilustrada por San Luis y Juana de Arco! ¡Honor á la patria de San Ireneo y San Hilario, de Bossuet y Fenelón; á la nación que santificó con su presencia y sus escritos San Francisco de Sales; con su nacimiento y sus trabajos San Vicente de Paúl! ¡Llor á quien nos ha dado los Hermanos de las Escuelas cristianas, las de la Presentación, las Hermanitas de los pobres, las monjas del Corazón de Jesús! ¡A la tierra donde nacieron los maestros que en sus libros nos enseñan, los autores espirituales que nos edifican, los oradores sagrados que nos sirven de modelo insuperable! ¡Os saludamos, hoy perseguida, abofeteada, coronada de espinas, calumniada por los escribas, condenada por Pilatos, pero unida como nunca á Cristo y á su infalible Vicario en la tierra, y esperamos llenos de confianza el día de vuestra resurrección gloriosa!

El Jefe Supremo de la Iglesia debe vivir, como los hebreos en tiempo de Nehemías, “teniendo en una mano la espada y trabajando con la otra en la reconstrucción del templo.” Y reedificar el templo es levantar de nuevo el reino de Dios, del cual dice Jesucristo: “El reino de Dios está dentro de vosotros.” Cuando Dios reina en nosotros, vivimos; pero la vida no se conserva sin alimento, y por eso el Salvador encomendó á Pedro el apacentar su grey: *Pasee agnos, pasee oves.*

Claro que no se trata del alimento corporal, del que conserva la vida del tiempo, sino del espiritual, del que mantiene la vida del alma. “Yo soy el pan vivo bajado del cielo.” Pan del entendimiento con la doctrina de la verdad; pan de la voluntad con su ley purísima y santa. “El que viene á mí, dice Jesús, no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed.” Pero él se hizo de otro modo pan del alma. “Mi carne verdaderamente es comida, mi sangre verdaderamente es bebida.... Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.” ¿Dónde hallar esta carne, esta sangre? “Mientras estaban cenando, dice San Mateo, testigo ocular, tomó Jesús el pan, y lo bendijo y partió, y dióselo á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, dio gracias y dióselo, diciendo: Bebed todos de él, porque esta es mi sangre.” Y San Pablo, instruído por Dios mismo, después de repetir las anteriores palabras, añade estas otras: “Cuantas veces hicieris esto mismo, hacedlo en memoria mía.”

Con cuánta frecuencia haya de tomarse este pan nos lo dice el Salvador mismo en la oración dominical: “El pan nuestro *de cada día* dánosle hoy,” escribe San Mateo; “el pan nuestro *sobresustancial*,” dice San Lucas. Los evangelios no se contradicen sino se complementan. Pan sobresustancial es la verdad, es la gracia, es la Eucaristía y es alimento de cada día: *panem quotidianum*. Desde el día mismo de Pentecostés, los fieles todos “perseveraban unánimes en la fracción del pan”; la comunión diaria existió du-

rante la edad de las persecuciones, en los siglos de las herejías, después de las irrupciones bárbaras, en todo tiempo, hasta el siglo XVI, cuando las doctrinas protestantes resfriaron, aun en muchos fieles, el amor á la Eucaristía. La obra de la llamada Reforma se completó á poder del hipócrita y helado jansenismo, que afirmaba ser la comunión premio de la santidad adquirida, y no —como la Iglesia enseña— medio para conseguir la santidad.

Siguiendo las huellas de sus predecesores, Pío X ha restablecido la comunión frecuente, la diaria; no sólo para seminaristas y religiosas; no para los que hacen profesión de vida perfecta, sino para todos: ancianos, jóvenes y niños; casados y solteros, mercaderes y estudiantes. Y no pide para ello sino dos condiciones esenciales: estado de gracia, rectitud de intención.

¡Salve el Papa Pío X, el Pontífice de la Eucaristía!

No sólo el pan de la Comunión, sino el de la doctrina, el de la verdad, nos ha dado en abundancia nuestro Padre de Roma. No de preferencia el “pan con corteza,” alimento de espíritus adultos, sino la “leche de la primera enseñanza,” propia de los párvulos: la que consiste en aprender los rudimentos de la fe que en el catecismo se contienen. Para el caso, los “párvulos” de que habla el apóstol, no son sólo los niños, ni los pobres, ni los rústicos: son también muchos viejos de años, ricos de dineros, sabios de ciencia humana, de los que dijo con frase festiva pero honda D. Ricardo Carrasquilla:

Todo lo saben los sabios,  
Sólo ignoran la verdad;  
Todo lo compran los ricos,  
Menos la felicidad.

A todos esos “pequeñitos” los hace adoctrinar Pío X, con la sabia organización y el maravilloso incremento de la enseñanza del catecismo: de aquellas *cathecheses* á que se abajaban un Clemente de Alejandría, un Orígenes; que

producían el áureo libro de S. Cirilo de Jerusalén, en que ya están refutados de antemano los errores de protestantes, jansenistas y modernistas.

Pío X, ya de Pontífice supremo, ha solido explicar la doctrina á grupos numerosos de católicos; dispuso para las diócesis de la provincia romana la redacción de un admirable catecismo de segunda enseñanza, que han adoptado muchos obispos, mientras llega el momento, deseado por el Concilio del Vaticano, en que haya para la cristiandad entera un solo catecismo primario, como hay “un Dios, una fe, un bautismo.”

La época de las nuevas sectas heréticas parecía, hasta hace pocos años, próxima á cerrarse. Llamamos así un sistema de errores contra la fe católica, profesado pertinazmente por una agrupación que lleva el nombre de cristiana y aun de católica (1). En el pasado siglo, los que sacudían el yugo de la verdad, no iban formando, por lo general, iglesias nuevas; el error moderno más audaz y descarado que sus predecesores, rechaza toda revelación, y es racionalista sin disfraces ni tapujos. El canónigo Döllinger, á pesar de sus talentos de historiador y teólogo; el Padre Jacinto, no obstante la fama que le había dado el púlpito de Nuestra Señora, no lograron éxito en la fundación de los *viejos católicos*, y el ex-carmelita francés es pastor sin rebaño, catequista sin oyentes.

De algún tiempo acá había comenzado á producirse y acentuarse, entre ciertos eclesiásticos y laicos de Alemania, Francia, Italia y aun de Inglaterra, la tendencia á estudiar la teología sagrada por los métodos de moda para aprender ciencias humanas. Algo así como tratar la geometría con microscopio y reactivos. Puestos en tan resbaladiza pendiente se fueron dejando deslizar hasta dar en

(1) Hablamos de *sectas heréticas*, no de *herejías*. Herejía es todo error pertinaz contra la fe católica en el bautizado, que profesa la religión cristiana.

un conjunto monstruoso de doctrinas, que bautizaron —no en el agua y el Espíritu Santo— con el fastuoso nombre de *modernismo*. Los herejes de 1870 se llamaban católicos viejos; los de 1907 católicos modernos. Todo adjetivo con que se especifique una parte de los católicos indica que dejaron de serlo.

El modernismo no tiene de moderno sino la época de su aparición; sus doctrinas son una especie de olla podrida de todos los errores que se han profesado desde la antigua Grecia hasta hoy; y cada heterodoxo, metiendo el tenedor, encuentra algún bocado grato á su paladar enfermo. Allí se encuentran el agnosticismo de Heráclito y el de Pirrón, el escepticismo objetivo de Kant, la identidad de los contrarios de Schelling y Fichte, la duda universal de los cartesianos, la riña entre la fe y la razón de Pascal, el sentimiento de la escuela escocesa, el evolucionismo de Darwin, el progreso indefinido de Hegel, y aun el fideísmo de Huet.

Y no falta una de las interpretaciones bíblicas de Strauss, ni de las acarameladas blasfemias de Renán.

La Iglesia, con su prudencia y mansedumbre ordinarias, calló por varios años, haciendo maternales esfuerzos por volver al redil aquellas ovejas descarriadas. Todo fue inútil, y llegó un instante en que el error tomó las proporciones de un escándalo inmenso. No era ya lícito el silencio, y Pío X, que venía, desde que era patriarca de Venecia, siguiendo con ojo atento los avances del mal, escribió al mundo católico su sabia encíclica *Pascendi*.

En ella el Papa recoge los dispersos errores, los junta, los relaciona y enlaza. Rugieron los modernistas como fieras heridas, no tanto por la rabia de verse condenados, como por la sorpresa de verse descubiertos. Fue el grito del leproso que por primera vez contempla su rostro en el espejo.

Sin ser profeta, puede anunciársele al modernismo existencia muy efímera. Aquellas elucubraciones abstractas no calan en la masa popular: los hijos de la Iglesia nos cui-

daremos mucho de ellas; los que gusten de semejantes delirios, los seguirán profesando como antes, sin pretender ser y llamarse católicos. Fuego fatuo, espuma del mar, incidente que no llenará media página en la historia; á eso ha quedado reducida la flamante herejía, merced á la vigilancia de Pío X.

Toda esta labor se ha cumplido en sólo cinco años de pontificado. Dios alargue la vida de su Vicario dilatados años; Dios le permita llamarse también el Papa de la Asunción de Nuestra Señora.

R. M. CARRASQUILLA

Agosto, 1908.



## DIOS

No es preciso morir, no, para amarlo;  
No es preciso morir, no, para verlo;  
Quererlo comprender, es adorarlo,  
No poderlo alcanzar, es comprenderlo.

Dios es grande doquier que se le busque;  
A la tierra bajad, subid al cielo;  
Porque es grande mirándolo en lo grande,  
Porque es grande mirado en lo pequeño.

Una línea trazad, seguid por ella,  
¿A dónde vais? No lo sabéis, es cierto:  
Mas sabed que si fin tiene esa línea  
Encontraréis á Dios, Dios que es el centro.

¿Veis esa gota? Es agua, es una gota,  
Tiene mundos y mundos, y misterios  
Iguales ó mayores que los mundos  
Que pueblan eso que llamamos cielo.